

CINE, EROTISMO Y CENSURA

El sexo ha salido de la clandestinidad. Primero en la sociedad. Luego en el Cine. Lo sexual ya no impone un silencio tabú, ni oral ni visual. Ya no despierta exclusiva referencia a la noche, al pudor, a la penumbra de alcoba. Ni el acto sexual se mira hoy como una necesidad vergonzosa o impúdica. Antes, el sexo se consideraba prisionero de la tiniebla y del ocultismo. Y el acto sexual era tan irreverente como el acto de defecar. Eso había que hacerlo sin luz, bajo sigilo, como si fuera algo grosero y perverso. El Cine ha prendido la luz, ha suprimido el misterio, ha filmado lo que todos conocíamos pero teníamos pudor de decir y exponer.

Pero no toda la sociedad acepta la franqueza del realismo erótico característico del Cine actual. Por eso mientras algunos aplauden la política de censura y prohibiciones en defensa de la moral, otros, tan ciudadanos como ellos, reclaman su derecho a ver las versiones filmadas de los instintos biológicos y psicológicos más pudibundos del hombre. Para unos es un derecho. Para otros, perversión. Ahí está la diferencia: si hay quienes consideran que la atracción de los cuerpos y su expresión sexual debe ser un acto recóndito, una ceremonia y rito en privado, también hay quienes proclaman la necesidad de visualizar y considerar en público esos actos, en defensa de la salud psicológica y supresión de tabúes. Hacer público lo soterrado por represiones es una profilaxis social, aclaran.

Las reacciones han sido irritantes. Los defensores de la moral aducen que el Cine ha pasado la raya. Mantengamos, al menos, proclaman, el "sancta sanctorum" del matrimonio: la explicitación contemplativa y morosa del acto sexual.

Los otros, los de enfrente, argumentan que la evolución cultural de la sociedad no se detendrá en este estadio y por tanto la espiral progresiva del conocimiento y evolución del sexo seguirá su proceso inflexible. La cultura no dejará ningún tabú vestido. Gracias a las "transgresiones" del Cine, de la Literatura y del Arte, en general, la sociedad secularizada actual buscará una significación más profunda de lo sexual. El sexo ha salido de la clandestinidad. Se ha hecho espectáculo para el "consciente" y ha dejado de ser tortura del "inconsciente". Hemos pasado, dicen, del sexo "perturbador" al sexo "socializador". "Sería una actitud simplista e injusta considerar tales experiencias como formas degeneradas y pervertidas, lanzando contra ellas un juicio moral inapelable. Creemos, por el contrario, que es preciso anotarlas sin prejuicios y, más aún, tratar de entender el mensaje de porvenir que se oculta en su extremosidad" (Concilium: n. 55, mayo 1970, pág. 315-6).

LA EXPLOSION SEXUAL

"El mundo del espectáculo es un mundo que hay que seguir paso a paso todos los días, no para divertirse, en el sentido pascaliano del término, sino para convertirse al esfuerzo de verdad que un puñado de artistas realizan a su manera, en aras de la verdadera libertad" (Concilium: n. 75, mayo 1972, pág. 253).

Después que el desnudo y las escenas de cama son ingrediente casi normal en el Cine, es necesario considerar con espíritu más analítico el fenómeno de apogeo erótico. Porque, hoy, las excentricidades sexuales del Marqués de Sade no merecerían ni siquiera una leve multa en un tribunal actual.

En esto, como en lo demás, el Cine no es más que un espejo cultural de la sociedad. El Cine se ha secularizado porque la sociedad se ha secularizado. El Cine se ha erotizado porque vivimos en una sociedad sexualizada. Ya Freud había vaticinado en su libro "El Malestar de la Civilización" que el "Eros" se vengaría del "Thanatos". Y, efectivamente, el erotismo ha desbordado los moldes represivos con estruendo alarmante. "Lo que el Viento se llevó" refleja la sociedad de 1940. "El Último Tango en París" la de 1972.

Somos testigos de una explosión sexual. Es un hecho sociológico fácilmente comprobable. El problema, ahora, es estudiar cómo puede esto contribuir a la liberación y no a la degradación del hombre. Y si la sociedad ha logrado cambios muy afirmativos respecto a la autoridad, propiedad y educación, no es temario pensar que también puede hacerlo respecto a la sexualidad. Conocer, dominar y orientar el sexo hacia la pluriforme tarea de liberación humana es un proyecto loable. Sólo así el sexo podrá sustraerse de las manipulaciones comerciales que explotan los instintos reprimidos de una sociedad engañadora y engañada a la vez.

La sexualidad es otra alienación contra la que se rebelan hoy el arte y la cultura. La sociedad moderna reclama a la sociedad tradicional el derecho a expresarse tal cual. Naturalidad, personalidad, libertad sin cortapisas antecedentes o consecuentes. La indecencia hoy no se concretiza tanto en el sexo como en los negocios, en el ejercicio de la administración y en el uso de la autoridad. Para la sociedad nueva, en el cuerpo humano, como durante el Renacimiento, no hay zonas vergonzosas ni pudibundas.

Mejor que convencionalismos extrínsecos es la motivación interna de un compromiso responsable sin el cual el sexo se convertiría en soledad incomunicada y en plato de placeres desdichados. La Iglesia misma fomenta, en la actualidad, la reflexión sobre una sexualidad adulta. La posibilidad del divorcio, la justificación de la homosexualidad, el control de la natalidad, la condición crítica del celibato sacerdotal, el acceso femenino a tareas pastorales, son temas de la literatura teológica. Incluso hay suspicacias sobre la creencia de que la relación amorosa sea exclusiva de la relación matrimonial.

"Los estudios históricos demuestran que la institucionalización del matrimonio y las normas sexuales severas, consideradas frecuentemente como normas cristianas y de derecho natural, representan en realidad las normas de la burguesía ascendente de los siglos XVI a XIX". (Concilium, o.c. pág. 317).

Es curioso constatar cómo no fue precisamente la Iglesia la promotora del puritanismo moral moderno, sino la burguesía farisaica y leguleya en los albores del capitalismo industrial. Las severas normas de ética sexual fueron dictadas por la sociedad del "Siglo de las Luces", incluido Kant. Achacar al cristianismo la responsabilidad de la alienación sexual es un error de perspectiva histórica. Piénsese

se para comprobarlo en la total ausencia de pazguatismo en la Iglesia del Renacimiento y siglos posteriores cuando hasta los eróticos y sensuales cuadros de Rubens, los desnudos de Miguel Angel y las figuras sin recato de Tiepólo o de Canova adornaban los templos, palacios papales, episcopales o parroquiales.

La disciplina sexual puritana y jansenista impuso un orden moral externo y disciplinado, necesario para el advenimiento del sistema capitalista. Y la Iglesia después, también en esto, suscribió la alianza.

Pero no nos engañemos. La explosión erótica, aunque puede ser instrumento liberador, puede a la vez convertirse en el más pernicioso "caballo de Troya" del arte. La excitación del erotismo es pólvora, difícilmente controlable. Y, como las grandes pasiones es capaz de desembocar, si no logra la satisfacción plena, en una insatisfacción desesperada. El erotismo ha existido siempre. Es sólo nuevo en el Cine. También es nueva la explicación: Pero ¿será verdad que películas como el "Ultimo Tango" son liberadoras o más bien aberraciones que arrastran al Cine hacia una decadencia irremediable? Por eso tanta puerilidad e inmadurez manifiesta quien protesta y patalea como un párvulo ante la prohibición como quien la prohíbe en nombre de la decencia.

CENSURA Y SOCIEDAD

Es muy enojoso por eso hablar de la Censura fílmica. Es cierto que ella no engendra la moralidad y que las medidas restrictivas en la mayoría de los casos o son ineficaces o son contraproducentes, pero es también evidente que, camufladas de "arte", hay intolerables agresiones morales y solapadas campañas de pornografía comercial. Cierto que la libertad cultural es deseable, pero también es cierto que es muy difícil delimitar dónde empieza el arte y dónde el negocio erótico.

Algunos piensan que la censura es una manifestación de la "lucha de clases". Toda censura es una censura clasista, de adultos contra jóvenes, del poder contra el pueblo, del capital contra el trabajo. Roger Errera, en la revista ESPRIT, marzo 1973, explica: Lo que no comprenden nunca los adultos es que lo que pretenden, al prohibir algo a sus hijos, es, quizá, proteger su propia cultura erótica y sus propios prototipos... pero la casi totalidad de los jóvenes no se interesan por el erotismo adulto de sus padres. Les parece fastidioso y aburrido.

La Censura es algo más profundo que la privación de un derecho humano, como interpelan otros. Tampoco es cuestión de espíritu liberal o conservador. Es mucho más complejo:

"La generalización de la pornografía y el pansexualismo falsamente libertino, pueden ser mamparas muy eficaces de opresión social. (La pornografía) es una empresa que sólo prospera mediante la violación permanente y sistemática de la sensibilidad humana y el desarrollo de la pasividad" (PIERRE EMMANUEL).

Lo que no hay que hacer es alarmarse como si se tratase de una agresión bélica ni tampoco hay que desgarrarse las vestiduras ante la Prensa y la Televisión porque se nos ha prohibido ver "El Ultimo Tango en París". Es cierto que el Gobernador debiera haber consultado a la Censura oficial más experta que él en ponderaciones fílmicas. Además:

"lo que amenaza a la sociedad y especialmente a la juventud, no es ni ha sido jamás, tal o cual publicación o película, sino la injusticia, la violencia social, la impunidad de los traficantes, el despotismo incontrolado del dinero, el divorcio entre los valores enseñados y los valores testimoniados, el desprecio de los débiles, de los marginados, de los abandonados" (R. Errera: oc. pág. 680).

Y, por su parte, a los que se sienten expoliados y degradados por la prohibición, a todos los abolicionistas de la censura en general, les recuerdo que la batalla por la liberación no se reduce a que nos dejen o prohiban ver una película:

"Las verdaderas opresiones y alienaciones no se sitúan ciertamente en esto sino en el panorama que ofrecen hoy nuestras sociedades, en la ausencia de comunicación entre los diversos grupos sociales, edades e individuos" (Oc. pág. 680).

Pero aunque la Censura sea necesaria, hay peligro de que instaure una filmografía marginal, "Índice" del celuloide, de atractivo clandestino. Hay peligro de que la alharaca censora se convierta en promoción. Hay peligro de que la prohibición sea un premio y no un castigo. Hay peligro de que al prohibir algunas películas se crea que las demás son buenas. Pero lo más irritante de la censura es que sólo se limite a las películas. Como si nuestra sociedad capitalista hiciese "aguas" sólo por ahí. Si nuestra sociedad es capitalista y se define por el concepto de "libertad" no veo por qué va a ser el Cine la víctima exclusiva de la guillotina censora. ¿Por qué se prohíbe ver a Marlon Brando "haciendo el amor" y se permite a este mismo actor "haciendo violencia, crímenes, chantajes, sobornos y mafia"? ¿Y con gran promoción radial y visual...!

Si vivimos en una sociedad de ofertas y demandas y en ella queremos seguir viviendo, debemos aceptar todas sus consecuencias: la corrupción y la decadencia. Discriminar sectores no es lógico ni ético. ¿Será ésta una prueba de que fallan los móviles exclusivamente económicos y placenteros de nuestro sistema educativo que no busca la moralidad sino la posesión?

El pecado está ahí, en la sociedad. Por eso no escojamos al Cine como exclusivo "chivo expiatorio", como holocausto sobre el que ponemos las manos y las tijeras de nuestra decencia, o de nuestra protesta. El mal tiene raíces más profundas. Mientras tanto no empleemos los cañones en matar moscas teniendo delante voraces leones.

¡Viva la moralidad y la Censura! Por supuesto. Pero en todos sus aspectos.